

ARTE

El arte, según Giulio Carlo Argan

En qué medida y a través de qué procesos las artes visuales han contribuido a formar la ideología y el sistema cultural de la sociedad moderna, he aquí lo que Giulio Carlo Argan (1) nos dice que se propone explicar. Para ello, desde su breve nota preliminar y a lo largo de más de setecientas páginas excelentemente ilustradas, el autor estudiará y discutirá las principales prácticas de los dos últimos siglos. Para comprender el desarrollo y las crisis de la historia del arte, es necesario estudiar conjuntamente la historia política, económica y científica de estas sociedades; investigar las relaciones del hacer artístico y los distintos sistemas de poder. El arte que hoy llamamos moderno da cuenta en su esfera de la historia de las nuevas concepciones humanas y de los descubrimientos filosóficos y científicos que las hacen posibles. Es también reflejo activo de la historia de las luchas por el poder político, de las utopías o de las convicciones científicas que las nutren; de los triunfos, frustraciones y traiciones que las coronan.

El siglo XVIII nos ha legado los conceptos de "clásico" y "romántico" y de una filosofía del arte (estética). Lo "clásico", el arte del mundo antiguo greco-romano y lo "romántico", el arte cristiano del Medioevo, son entonces teorizados y convertidos en modelos; enfrentarán la tradición figurativa y "el principio metafísico de la Naturaleza como revelación". El arte es a partir de este momento un "ideal específicamente estético" que trata de coordinarse de manera "autónoma" con el resto de las actividades humanas.

(1) Giulio Carlo ARGAN: El arte moderno, 1770-1970. Fdo. Torres, editor, Valencia, 1975. Traducción, J. Espinosa Carbonell.

Desde la poética inglesa del "pintoresco" y la alemana del Sturm und Drang hasta "la crisis del arte como ciencia europea", el autor analiza el devenir del arte como actividad humana, sus esfuerzos por reavivar (otras veces negar) los antagonismos teóricos entre un "hacer" individual y las necesidades colectivas, entre la investigación estética y la funcionalidad del objeto, entre el trabajo artesanal y la tecnología más avanzada, pero no hay que pensar que estos antagonismos se presentan aislados o independientes de las estructuras político-económicas ni de los mecanismos de poder.

Pero ¿qué sucede con el artista a partir del momento en que resuelve ser "de su propia época"? Si, a título de ejemplo, tomamos el artista de fines del siglo XVIII, resulta imposible comprender su actividad creadora, sus tendencias y contrastes ideológicos, separadamente del nacimiento de la producción industrial y de las nuevas relaciones técnico-económicas entre hombre y Naturaleza. Con la crisis consecutiva del artesanado, el artista es paulatinamente excluido del sistema de producción; "los artistas se convierten —dice Argan— en intelectuales burgueses en tensión y a menudo en dura polémica con la misma clase dirigente de la que forman parte". Cuando dos siglos más tarde, en la sociedad capitalista altamente industrializada, los artistas "preconizan y amenazan con la muerte del arte", debemos tener en cuenta también, para comprender, "la grave crisis de relación entre cultura y poder". El artista que, por anacrónica, rechaza la imagen del "artista-genio" está dispuesto a insertarse en la sociedad, pero se niega a vender su trabajo al aparato tecnológico-administrativo de una sociedad de consumo; no quiere colaborar como proyectista estético-industrial al servicio de una riqueza que se identifica con el poder. Un poder que acepta o prohíja los genocidios, la explotación de las naciones más débiles y el armamento atómico. En este punto, las "negociaciones" del siglo XVIII están hoy rotas, la revuelta económica se ha convertido en "revolución moral". Las amenazas de suicidio, ¿son los síntomas de una excelente salud? En este capítulo, la polémica planteada por los "artistas independientes" que condenan la manipulación de la obra artística y se niegan a que la investi-



Giulio Carlo Argan.

gación estética sea instrumentalizada por el círculo de producción y consumo, se enfrenta a una sociedad capitalista que, paradójicamente, "se declara encantada de integrar el arte en su propia funcionalidad económica". La trampa puede encontrarse en el hecho de que los sistemas opresivos se han permitido siempre, sin grandes quebrantos, las "oposiciones autorizadas". Esto plantea la interrogante de saber si la deseada inserción en la sociedad de los artistas independientes no pasa previamente por la integración de sus protestas en las propuestas activas que animan a otros sectores revolucionarios de esta sociedad; única posibilidad, quizá, de evitar los "extremismos polémicos" y las susceptibilidades enfermizas de la marginalidad.

Las principales poéticas, los temas culturales más destacados y las revoluciones sociales que se desarrollan entre los años 1770 y 1970 son objetos de un estudio prolijo y coherente donde no faltan las referencias a las inquietudes y respuestas individuales, teóricas o materializadas, tanto en lo concerniente a los problemas planteados por la arquitectura y el urbanismo modernos, como a los maridajes y divorcios de ésta con las demás artes visuales, en los distintos contextos político-económicos.

Pero ¿qué es el arte en una época y en un país dado?; ¿cómo definirlo? Argan nos enfrenta con situaciones concretas, deja hablar a los protagonistas y confronta los resultados de sus trabajos; "el mundo de hoy está dividido en dos grandes bloques, ambos tecnológicamente avanzados", la Unión Soviética y los Estados Unidos, estos últimos a la cabeza de los países capitalistas. En el primero de ellos, "tras la vanguardia revolucionaria se

detuvo la investigación estética y no ha vuelto a dar señales de reanimación, el llamado 'realismo socialista' (que en rigor no es realismo ni socialista) no puede considerarse como un movimiento regresivo, pues es mera propaganda". En los países capitalistas, la investigación estética pasa, con el proyectismo industrial, a incrementar los abusos y alienaciones de una sociedad de consumo y "depende tanto del sistema político como el mediocre 'academicista' ruso que elabora el 'realismo socialista' ". El resto del mundo occidental o su casi totalidad —Argan no nos habla aquí de él—, es sutil o groseramente aculturizado y los esporádicos intentos por romper las cadenas del etnocentrismo europeo o norteamericano, aunque meritorios, no logran sobrevivir a la escasez de medios y a la represión o indiferencia que la patanería y el esnobismo de las clases en el poder arroja sobre ellos.

Argan considera que en los países capitalistas dicha investigación se configura cada vez menos como "arte" y "cada vez más como ciencia y técnica de la imagen". La venta de imágenes y la información por su intermedio contribuyen a la cultura de masas que la sociedad capitalista exige.

Parecería impropio denominar arte a lo que se produce según un modelo, menos aún cuando este modelo halaga los intereses de un mercado creado artificialmente y elaborado obedeciendo a encuestas y comprobaciones psicológicas y sociológicas previas. Este tipo de actividad sirve a embellecer y hacer atractivo el objeto, la cosa, y también a agudizar y a la vez disminuir los procesos de extrañamiento, así como a incrementar la manipulación de las necesidades y aspiraciones humanas más simples y naturales.

La contradicción entre la investigación y el poder está aún viva y sufre vaivenes, bien, pero no podemos esperar a que se muera y se quede quieta para formularla, y, una vez especificada, aclararla. Escribir sobre todo ello es una tarea necesaria y corresponde, entre otros, a los historiadores y críticos de arte. Se puede esperar que estas contradicciones sean eliminadas cuando hayan desaparecido las actuales estructuras del poder, porque si sucede lo primero y no lo segundo, de una vez por todas, la tan anunciada muerte del arte se habrá consumado.

■ DIONISIO SAGA.